

El impacto de la violencia marital en la mentalización del niño

Itziar Bilbao Bilbao ()*

El interés de este trabajo es ofrecer una posible comprensión en cuanto al modo en que puede quedar afectada la capacidad de mentalización en los niños, cuando éstos viven momentos familiares donde aparecen conductas maritales de conflicto violento, situaciones con dificultades importantes en la regulación emocional entre los cónyuges.

Para su exposición, comenzaré por definir el constructo mentalización y delinear sus características y atributos; posteriormente me referiré a aportaciones desde la neurociencia, aspectos de la crianza, del desarrollo y rol de la familia; finalmente abordaré, ciñéndome al objetivo de esta reflexión, un tipo de violencia y su potencial impacto en la mentalización infantil.

Mentalización.

“Mentalizing” o “mentalizar” es el proceso por medio del cual representamos en nuestra mente un sentido del otro y de nosotros mismos, en términos de estados subjetivos y procesos mentales, de un modo implícito y explícito. Nos permite percibir el comportamiento humano en términos de estados mentales intencionales.

Su formulación en gerundio (*mentalizing*), trata de subrayar su carácter de proceso activo, del *sujeto como agente* en su acción de mentalizar en permanente actividad, tanto consigo mismo como en el vínculo con el otro (Allen, 2010). Mediante la utilización de dicha capacidad estamos constantemente tratando de interpretar los estados mentales (sentimientos, deseos, creencias, intenciones) propios y ajenos, que tienen lugar en la interacción con los demás.

Su hacer permite que las relaciones humanas puedan ser significadas, entendidas, comprendidas y en ese sentido, posibilita la presencia de la dimensión social en el ser humano y para el ser humano.

No es una capacidad únicamente cognitiva, ya que si algo la caracteriza de un modo nuclear es que muestra la articulación en la mente, tanto de los procesos cognitivos como de los procesos emocionales. Los vínculos representan un

escenario en el que se comparte que “corazón y mente” de cada uno de sus protagonistas, participa del “corazón y mente” de los otros.

La expresión empleada: “una participación de corazón y mente en corazón y mente” (Allen 2010), subraya y recalca la articulación, conexión e integración entre afecto y representación mental, proceso en el que la psique humana está laborando y gestionando permanentemente.

En su mayor parte es una actividad preconsciente e imaginativa. Supone poder imaginar lo que el otro ser humano pueda estar pensando, sintiendo, deseando; percibir a los demás habitados por estados mentales intencionales; percibirnos a nosotros mismos de similar manera.

Simultáneamente, entraña también ser conscientes de que dicha percepción y la representación que a ella acompaña, es precisamente eso, una representación. Como tal, falible, con posibilidades de mayor o menor error, relativa, vinculada a un punto de vista y por ello parcial, susceptible de cambio en función de variaciones en el estado mental de quien percibe.

En definitiva, implica que en la mente existe una conciencia de que sus contenidos son representaciones y que las mismas son diferentes de la realidad.

De ahí el carácter de proceso activo en búsqueda constante de una buena captación, de una atinada y coherente representación, ya sea de nosotros mismos o de los otros seres humanos. También la posibilidad de contemplar y poder concebir la misma situación de múltiples maneras, imaginando alternativas, pudiendo reconocer distintos modos de sentir y de pensar, sentir nuestros sentimientos y pensar nuestros pensamientos, comprender el por qué de su manufactura, de su modo de lazo y unión, y crear más posibilidades de representarnos a nosotros mismos y a nuestros vínculos con los otros.

Es una tarea que puede ser especialmente ardua y compleja cuando se trata de gestionar nuestras vivencias más afectivamente cargadas o irracionales (Fonagy, Bateman 2006) (Fonagy, Gergely, Target 2007). Por esta razón, es un proceso que en momentos hacemos y que en otros momentos no logramos hacer debido a diferentes causas: mayores o menores distorsiones que interfieren en su buen desempeño, niveles elevados de activación de afectos que dificultan la capacidad de reflexión, etc.

Su buen desempeño habilita la capacidad de construir representaciones de nuestros afectos, ideas, creencias y deseos, y llegar a erigir en el edificio de nuestra mente el nivel de las metarrepresentaciones.

Conlleva una ligadura entre proceso cognitivo y proceso emocional. La mentalización integra modos de conocimiento que son a la vez cognitivos y afectivos; se refiere en parte a procesos cognitivos, concretamente a adoptar perspectivas y significaciones, a la vez que a un proceso emocional, es decir, a la capacidad de contener, regular y experimentar plenamente nuestras emociones y las de los otros de una manera no-defensiva, sin polarizaciones extremas de desconexión o de invasión arrolladora y aplastante de los afectos en uno mismo y/o con el otro (Slade 2005).

En las investigaciones y los desarrollos conceptuales sobre mentalización se explora, de un modo substancial, la articulación e integración entre los diferentes componentes y constituyentes que caracterizan la arquitectura del psiquismo humano. En base a ello, se atiende con genuino interés diferentes áreas del conocimiento y del saber que aportan y contribuyen a dicho entendimiento.

Aportaciones desde las neurociencias.

Los autores que lideran la profundización y desarrollo de la conceptualización “mentalización”, retoman la vocación mostrada por Freud en su “Proyecto de una psicología para neurólogos” y se acercan al campo de las neurociencias para hacer uso y aprovechamiento de los conocimientos que esta disciplina va alumbrando en los últimos años, conocimientos que nos asisten en un mayor discernimiento y comprensión en la articulación de cerebro y mente.

La neurociencia nos ofrece un saber sobre nuestro sistema nervioso y sobre las funciones especializadas que con su obrar, nos proveen de propiedades y habilidades potenciales en nuestro psiquismo. Permite entender cómo se va generando que lo que en un primer momento es cerebro, comience gradualmente a transformarse en mente, en mente capaz de entenderse y entender a las otras mentes en términos de estados subjetivos.

Sus estudiosos e investigadores enuncian que el bebé humano llega al mundo “cableado” para establecer conexiones y que el desarrollo neural de su cerebro

se despliega y configura en los intercambios experienciales con quienes lo cuidan.

Son las relaciones humanas las que modelan las conexiones neuronales de las que surge la mente del infante. El modo en que el ambiente es experimentado por el bebé es el que actúa, como un filtro, en la conformación de genotipo en fenotipo (Fonagy, Gergely, Jurist, Target 2004).

Los genes contienen la información para la organización general de la estructura cerebral, pero es la experiencia y lo experimentado lo que determina qué genes llegan a expresarse, cómo lo hacen y cuándo lo hacen.

Es la interacción entre ambos (genes y experiencia) la que funda y establece cómo se conectan entre sí las neuronas, el modo de creación y formación de los engramas neurales y de los circuitos especializados que subyacen a procesos mentales tales como atención, memoria, símbolos, lenguaje, etc. Es dicha interacción la que también da cuenta de la calidad y características de dichos procesos.

Por ejemplo, la experiencia del intercambio vincular entre bebé y cuidador en un modo asegurador y tranquilizador, permite que el cerebro del bebé no conozca de altos niveles de cortisol y pueda mantenerse protegido de ingredientes tóxicos para su cerebro en desarrollo. Queda preservado de la descarga excesiva de las hormonas del estrés, las cuales conducen a una importante muerte de neuronas situadas en vías cruciales de la regulación emocional en el ser humano (el neocórtex y el sistema límbico).

Se ha demostrado también que las señales de los bebés, como la sonrisa y el llanto, son motivaciones poderosas para la conducta maternal. Estas señales activan en el cerebro materno la dopamina que a su vez, está asociada a los circuitos de recompensa del cerebro (Strathearn, Fonagy, Amico, Montague 2009).

Sabemos que la succión del bebé genera en él la liberación de oxitocina. Esta liberación de oxitocina induce en el infante cambios fisiológicos de calma, tranquilidad, placer, mejoría del sueño, menor respuesta al estrés y aumento del deseo de interacción social (Vargas, Chaskel 2007).

Esta última y sencilla secuencia nos permite asistir a una cadena en la que su primer eslabón es “estado fisiológico”, y el último es “estado subjetivo de mente”. Presenciamos a través de ella, una imagen sencilla en la que se

muestra la interacción entre procesos neurofisiológicos internos y experiencias interpersonales.

Esta danza constante entre cerebros, mentes, emociones y subjetividades, esta urdimbre, contiene la valiosa y beneficiosa propiedad de poder generar que en el cerebro del bebé se vayan desarrollando los sistemas cerebrales. Estos sistemas cerebrales son, a su vez, los que estarán más tarde involucrados en los diferentes procesos psicológicos que subyacen a la mentalización.

Diferentes áreas cerebrales son reclutadas para los distintos procesos que sustentan la capacidad de mentalización: los circuitos cerebrales más antiguos filogenéticamente, de los que depende la información sensorial, junto a circuitos cerebrales filogenéticamente más nuevos, que están implicados en el procesamiento lingüístico y simbólico.

Una ilustración de lo expresado en las líneas anteriores, puede ser la siguiente: cuando Fonagy (et al.), hablan de los sistemas cerebrales subyacentes en la comprensión del otro ser humano y de la empatía, sugieren un sistema cerebral de dos niveles que sustentan este proceso de la mentalización: un sistema de neuronas espejo que sirve a una comprensión del otro más directa e inmediata y un sistema cortical (frontal) que acoge las representaciones declarativas.

El sistema de neuronas espejo establece un vínculo entre el agente y el observador. En él se da una simulación de las acciones observadas a través de la activación de las redes corticales y constituye un nivel básico de comprensión experiencial. No sería la única manera de entender las emociones de los otros. Este sistema no conlleva el uso explícito de la representación declarativa.

El sistema cortical frontal que alberga las representaciones declarativas nos permite, con su uso, el conocimiento simbólico o de imágenes que posibilita que los hechos vividos o experimentados, sean convocados a la luz de la conciencia en ausencia de las cosas a las que se refieren (Fonagy, Gergely y Target 2007).

Componentes de la mentalización: las habilidades cognitivas específicas

FR o Función Reflexiva (Fonagy et al. 1998) es el término con el que se denomina a los variados procesos psicológicos que dan cuenta de la ejecución de la capacidad de mentalización. Expresándolo de otro modo, podemos decir

que FR es la operacionalización de las capacidades mentales que están en la base de la mentalización (Fonagy, Gergely, Jurist, Target 2004)

¿Cuáles serían los procesos psicológicos que los niños han de lograr para alcanzar la habilidad para operar sobre sus propios contenidos mentales?

Dicha aptitud comportará un complejo juego de capacidades:

- la capacidad de atención deliberada y esforzada.
- la capacidad de representación de los estados mentales.
- la comprensión de los mismos.
- la capacidad para realizar juicios acerca de los estados subjetivos.
- la capacidad para suprimir la asunción de que todo el mundo comparte el mismo conocimiento y creencia.
- la habilidad para representar y diferenciar entre los modelos mentales de sí mismo y del otro acerca de la realidad.
- la capacidad para representar los estados mentales de los otros con contenidos tanto de un contenido erróneo (falsa creencia) como de un contenido imaginario o ficticio (ficción, imaginación, fantasía).
- la capacidad para pensar explícitamente sobre los estados mentales.
- la habilidad para inferir y atribuir los estados mentales invisibles de los otros desde señales conductuales visibles, teniendo que depender de indicadores tales como la dirección de la mirada, la expresión de las emociones, los gestos, las señales comunicativas verbales y no-verbales, los signos y los correlatos conductuales no comunicativos.
- la capacidad para detectar sus propias señales perceptibles (conductual, fisiológica, emocional, activación, etc.) en orden a inferir, interpretar y atribuir estados mentales al propio self, ya que “la mente propia no es transparente para uno mismo” (Fonagy, Gergely, Target 2007, página 2).

Vemos por tanto la complejidad de esta capacidad que está configurada por múltiples componentes.

Sus componentes están organizados dentro de pares de oposiciones o polaridades, cuyo buen balance y equilibrio permite un buen desempeño en la calidad del mentalizar (Fonagy, Bateman, Bateman 2 011). Pasamos ahora a enumerarlos:

1. Mentalización *implícita-automática versus explícita-controlada*.

La **primera** es no consciente, no verbal, no reflexiva; su tiempo de procesamiento es rápido; requiere poco esfuerzo, poca o ninguna atención concentrada, esfuerzo e intención.

En nuestras interacciones diarias la mentalización es predominantemente implícita y automática; en la mayoría de las situaciones interpersonales confiamos en supuestos no reflexivos sobre nosotros mismos, sobre los otros y sobre nosotros mismos en relación a los otros (Bateman, Fonagy 2012). Pertenecen a ella diferentes procedimientos automáticos que pueden aparecer, combinados o no y de distintas maneras, en el seno de las interacciones interpersonales: monitoreos automáticos de la mente del interlocutor, espejamientos automáticos de los estados emocionales del interlocutor, creación de suposiciones automáticas referidas a estados mentales de los otros y a sus actitudes e intenciones con relación a uno mismo.

La **segunda** es consciente, verbal, deliberada y reflexiva; implica un procesamiento lento, requiere atención concentrada, intención, conciencia y esfuerzo; es simbólica, el lenguaje es su medio y toma la forma de narrativas. Incluye procesos como: el intento deliberado de inferir las motivaciones y condicionamientos de las conductas de los demás; el empatizar deliberado que implica por un lado, un voluntario imaginar y comprender las razones para el estado emocional del otro, y por otro lado supone un descentramiento que permite aprehender el punto de vista ajeno sin homologarlo con la propia perspectiva.

Un favorable equilibrio en esta polaridad da cuenta de un buen auto-control y de una adecuada agencia del self.

2. Mentalización basada *en lo interno versus en las características externas*, tanto del self como de los otros.

La **primera** centra la atención y reflexión sobre los estados mentales internos en uno mismo y en los demás.

La **segunda** focaliza su atención en las características externas, físicas y conductuales tanto del otro como en uno mismo.

Un buen equilibrio permite vincular en un modo congruente datos y signos externos con estados internos.

3. Mentalización con respecto *al self versus otros*.

La **primera** se despliega en la atención, percepción y reflexión sobre el propio funcionamiento mental, sobre las propias emociones, estados mentales (deseos, creencias, intenciones...).

La **segunda** desarrolla esa capacidad con los estados mentales y emocionales de los otros seres humanos.

El buen balance en esta polaridad proporciona una buena captación y diferenciación entre el self y el otro.

4. Mentalización *cognitiva versus afectiva*.

La **primera** muestra las herramientas cognitivas que dispone la mente para inferir, deducir, hipotetizar, analizar, evaluar, re-representar, etc.

La **segunda** nos provee de las operaciones afectivas tales como la intuición afectiva rápida en relación a los demás, el empatizar espontáneo y también automático, la resonancia emocional y sintonía afectiva.

La comprensión de la emoción y el razonamiento de creencia y deseo normalmente interactúan, y sólo en la combinación de ambas se genera una genuina comprensión social. Dicha comprensión ha sido calificada de **afectividad mentalizada o el sentir del sentir** (Fonagy&Luyten 2009).

Orígenes y desarrollo del “mentalizing”.

La capacidad para una buena mentalización, sustentada por estos componentes y el equilibrio balanceado entre ellos, va gestándose en el seno de nuestros primeros vínculos relacionales. Sus orígenes se dan intrínsecamente en los vínculos interpersonales primarios.

Fonagy considera que una buena capacidad mentalizante emerge sólo en el contexto de una relación de apego seguro. Estima que el apego seguro y la mentalización, pueden ser facilitados por aspectos de la crianza tales como:

Función reflexiva parental y “mente mentalizante”. La “función reflexiva parental” hace referencia a la capacidad por parte de los padres de contener los estados mentales del niño en su mente, de significar a su hijo o hija como una persona diferente, con pensamientos, sentimientos, una mente propia.

Nombra también la capacidad por parte de ellos de pensar reflexivamente acerca del niño (Slade 2005).

En el apego seguro encontramos modos maternos que manifiestan tanto una presencia de la función reflexiva, como de mente mentalizante (“mind - mindedness” Meins 1997). Por la primera entendemos la capacidad del cuidador de comprender y dar un sentido a las acciones, sentimientos, deseos e intenciones propios y de su bebé. La segunda se refiere a la conciencia que poseen las personas cuidadoras de que sus infantes están habitados por estados mentales intencionales, y al reconocimiento que logran de que dichos infantes son capaces de expresar un deseo a través de un modo particular de comunicación. Esta última manera, subraya la riqueza, especificidad y originalidad de las subjetividades en interacción.

Reflejo contingente y marcado. El niño descubre los estados mentales mediante la interacción que se produce entre la expresión de sus afectos y el reflejo que de dichos afectos hace el cuidador, en una manera procesada y metabolizada.

Las respuestas ofrecidas por la figura cuidadora, han de ser un reflejo contingente (contingencia en tiempo, espacio o similitud de patrón, y tono emocional) y “marcado”, es decir, levemente distorsionado (por ejemplo exagerado). Con ello esta figura, a través de su expresión facial, muestra al niño que es consciente del estado del malestar o distrés del infante pero que está afrontándolo más que sintiéndolo como propio (Fonagy, Bateman, Bateman 2011). Este afrontamiento busca tranquilizar y calmar al bebé.

Un adecuado espejamiento y marcaje persigue promover una mejora en el estado emocional de la criatura.

El modo mostrado por el cuidador en su reflejo o espejamiento, será internalizado por el bebé. Vendrá a representar un estado interno dentro de él, una manera de organizar su experiencia emocional. Ello significa ya una representación de segundo orden, es decir, una representación mental sobre la estructura primaria.

La congruencia que el niño reciba en las respuestas de las figuras cuidadoras hacia sus estados y afectos, permitirá que pueda construir representaciones de sus afectos congruentes con lo que primariamente está sintiendo. Esta congruencia entre el afecto primario y la representación secundaria del mismo,

permite el establecimiento de las representaciones de segundo orden de los estados afectivos de un modo óptimo, y sienta las bases para la regulación del afecto, es decir, para la capacidad de modular los estados afectivos, y para controlar el impulso.

La regulación del afecto está estrechamente relacionada con la mentalización, es el prelude a la mentalización (Fonagy, Gergely, Jurist, Target 2004). Trataré de mostrar esta formulación en el punto que sigue.

Regulación emocional y “mentalizing”. El “buen hacer” en la relación entre los cuidadores y el bebé, permite que el sistema funcione con una buena regulación en los intercambios vinculares. La bondad de esta modulación introduce cambios en los afectos del bebé, opera en ellos modificándolos en su intensidad o duración. Facilita bajos niveles de distrés y sigue favoreciendo “mentalizing”.

Estas experiencias de buena regulación del afecto en la pareja bebe-figuras parentales, son internalizadas por el bebé y forman la base de un vínculo con sus cuidadores sentido como seguro y en el que se construyen, en la mente del niño, sólidas representaciones de segundo orden de los estados del self.

Faculta en el niño el conocimiento, primero implícito y luego explícito, de que los afectos pueden ser reconocidos y compartidos y en ese sentido, la regulación del afecto está estrechamente relacionada con el desarrollo de la capacidad de mentalizar acerca de los mismos.

A su vez, las representaciones de segundo orden óptimamente constituidas, favorecen una mejor regulación del afecto del niño en sus interacciones interpersonales y contribuyen a crear una mentalidad social alrededor del mismo, que sigue facilitando el desarrollo de la mentalización en él (Fonagy, Bateman, Bateman 2011).

Este desarrollo de la capacidad de mentalizar transforma la naturaleza de la regulación del afecto en el ser humano, da lugar a una variación más sofisticada: la afectividad mentalizada o “el sentir del sentir” (Fonagy, Luyten 2009).

La afectividad mentalizada señala una capacidad madura para la regulación del afecto y denota la facultad de descubrir los significados subjetivos de los estados afectivos en uno mismo (Fonagy, Gergely, Jurist, Target 2004). Significa una comprensión experiencial del propio afecto, un poder entenderlo

mientras se está sintiéndolo, va mucho más allá de una comprensión intelectual, introduce un pensar sobre la vida emocional estando en profunda conexión con ella y, en última instancia, permite ser usada por el sujeto para regular su self.

La afectividad mentalizada está constituida por tres momentos: a) Identificación, diferenciación y denominación del afecto. b) Regulación del mismo. c) Expresión del afecto.

Atención compartida. Otro elemento importante, como precursor para la mentalización, es la “atención compartida” entre la figura cuidadora y el bebé. A través de ella se configura una relación triádica entre el self, el otro y el objeto sobre el que se focaliza la atención. Este objeto puede ser tanto un objeto externo (físico, humano) como interno, es decir, una atención conjunta por parte del progenitor y del infante focalizada en los estados mentales de este último.

Advertimos que son modos interactivos que van generando, construyendo, consolidando que el niño sienta que tiene una mente. Una mente que es sentida a través de la mente de sus cuidadores, en la medida en que estas mentes muestran cómo se la tiene presente, cómo la perciben, cómo la identifican, cómo conocen de sus canales comunicacionales, cómo la observan, cómo están en conexión compartiendo curiosidades, asombros, tristezas, risas, etc.

El juego. El juego que el infante realiza en un primer momento con sus cuidadores y que después generaliza, es también entendido como otro factor que tiene un papel crucial en la facilitación de la mentalización.

Una consideración más específica la tiene el juego de ficción, por sus características de suspensión de consideraciones externas, de desacoplamiento de lo interno de la realidad externa.

En el juego de ficción, el niño vive sus experiencias como no relacionadas con el mundo externo. En los vínculos suficientemente seguros, la imaginación y el juego “como si” pueden ser practicados con el cuidador. Gracias a la clara distinción entre fantasía y realidad, las ideas pueden ser experimentadas por el niño como “no amenazantes” en la medida en que no se equiparan con la realidad.

El juego de ficción permite construir realidades alternativas y las representaciones mentales que a ellas acompañan. Supone también que el niño comparte las perspectivas mentales de los otros con los que juega y en ese sentido puede acceder a variaciones que no perpetúan su propia realidad, puede contraponer hechos que son reales y representaciones simbólicas de los mismos (Fonagy, Gergely, Target 2007).

Cuando los padres y los niños juegan, se crea una situación en la que el niño puede ganar en conciencia del mundo interno tanto de él mismo como del otro, los procesos mentales de intencionalidad y representabilidad pueden llegar a un pleno crecimiento.

“El niño aprende a mentalizar jugando” (Verheugt-Pleiter et al.2008, pág. 17)

Esta conceptualización que recoge y refrenda aportaciones de Winnicott como la señalada anteriormente, plantea también como fundamental, que junto a “padres suficientemente buenos” se dé un “mentalizar parental suficientemente bueno” (Sharp, Fonagy 2008, página 746).

El buen hacer de esta capacidad parental en el cuidado y desarrollo de su infante, favorece el establecimiento en el niño de un modo “mentalizante”. Este modo mentalizante permite que las acciones sean entendidas en conjunción con los estados mentales y que los estados mentales no tengan ni un exagerado sentido de realidad ni de no realidad, sino que representen múltiples perspectivas sobre la misma.

En definitiva, los estados mentales representan una realidad pero no son igualados con ella.

Mentalizing y Agencia del Self

La capacidad de mentalizar está íntimamente relacionada con la representación del sí mismo (Fonagy&Target 1.998).

Estos autores sugieren que mentalizar, es decir, representar la conducta en términos de estados mentales o tener una “teoría de la mente” es clave y determinante en la organización del self (Fonagy&Target 1.997).

En su modelo teórico, se contempla que en el desarrollo normal los niños recorren cinco niveles de “agencia del self” de complejidad creciente.

El primer nivel en la agencia es la agencia física que implica un reconocimiento, por parte del bebé, de los efectos de las acciones sobre los cuerpos en el

espacio. Aporta un sentido del self como autor de acciones y teniendo así una influencia sobre los objetos externos.

El siguiente nivel supone la comprensión por parte del bebé de sí mismo como un agente social. En este nivel se da una noción de que los gestos comunicativos propios ejercen una influencia sobre los otros agentes sociales, el bebé posee una conciencia de que sus acciones físicas tienen un efecto sobre la conducta y las emociones de sus figuras cuidadoras, por ejemplo, tendiendo sus brazos en dirección a su figura cuidadora hace acudir a ésta para albergarlo en los suyos. El self como un agente social, representa las interacciones afectivo-comunicativas específicas de la especie, con los subjetivos correlatos emocionales-intencionales que se producen en dicha interacción, en la que participan los bebés y sus cuidadores desde el nacimiento (Fonagy et al. 2004). Las interacciones son pre-simbólicas, en el bebé no hay una representación de los pensamientos y sentimientos de las figuras cuidadoras.

El tercer nivel (ocho o nueve meses) es la comprensión de sí mismo y de los otros como agentes teleológicos. En esta posición el infante focaliza en el mundo físico y en actos visibles, audibles y tangibles para él. La emergencia de las nuevas habilidades le permite la comprensión de los actos como acciones racionales dirigidas a objetivos o metas, y la capacidad de elección, entre una serie de alternativas, del camino más eficaz para su logro. Un bebé en esta edad conoce que la acción de su mamá de verter agua en una taza anticipa una acción posterior, es decir, la acción de beber de dicha taza; identifica también los movimientos más eficaces para que se logre dicho objetivo. El bebé reconoce la relación causal y teleológica de las acciones que su madre está ejecutando (Csibra, Gergely 2007).

Son representaciones basadas en la realidad física para acciones dirigidas a objetivos, pero no son representaciones ni mentalistas ni causales (Fonagy et al. 2004). Construyen el entendimiento de la acción pero no se da la atribución de las creencias y/o los deseos que anteceden a la acción. Es pre-simbólica, la comprensión es todavía no-mentalística.

El paso del modelo teleológico al siguiente (intencional), solamente se da en la interacción humana.

El niño durante el segundo año de vida desarrolla una comprensión de sí mismo como agente intencional, puede concebir que las acciones están causadas por estados mentales previos (por ejemplo los deseos). Es también cuando el niño puede distinguir entre sus propios deseos y los de los otros. La calidad de las primeras relaciones juega aquí un papel decisivo.

Alrededor de los tres a cuatro años comienza a entenderse a sí mismo como agente representacional; esto es, comienza a conocer que sus estados mentales intencionales son representaciones.

Un modo pleno de agencia en los intercambios sociales articula los dos niveles anteriores, articula modo intencional y modo representacional.

Este carácter pleno mostrará una comprensión de las acciones del self y del otro como iniciadas y guiadas por suposiciones sobre las emociones, deseos y creencias en ambos protagonistas del vínculo.

Su buen funcionamiento requiere también que hayan sido construidos conceptos para cada estado mental. Poder pensar acerca de un estado mental necesita de conceptos que correspondan a la experiencia interna que constituye ese estado, que ligen la representación de segundo orden del afecto (alegría, tristeza, miedo, etc.) a las experiencias fisiológicas, cognitivas y conductuales que acompañan dicho afecto (Verheugt-Pleiter et al. 2008).

Si los conceptos no son creados de un modo exitoso, los sentimientos quedarán sin ser etiquetados, confundidos, experimentados como no simbolizados y por lo tanto, difíciles de regular (Fonagy 2004). Ello introducirá daños importantes en la buena calidad del desarrollo en agencia y mentalización.

Será a los seis años cuando emerja en el niño la capacidad para relacionar las memorias de sus experiencias y actividades intencionales dentro de una organización coherente causal-temporal. Este logro permite el desarrollo del self autobiográfico y la comprensión del self y de los otros a través de narrativas autobiográficas coherentes (Fonagy 2004).

Modos en la mente previos a mentalizar. Modos Pre-mentalizadores.

Fonagy y Target han distinguido dos modos de experiencia en la mente y ambos llegan a su integración en el modo mentalización. Esta integración es un logro del desarrollo.

Estos dos modos son la equivalencia psíquica y el modo "pretend" o "como si". Entienden que cuando el mentalizar se colapsa en el adulto, el funcionamiento mental en el individuo revierte a estos modos pre-mentalizantes, entre los cuales se incluye también el modo teleológico (Allen, Fonagy, Bateman 2008).

En el modo equivalencia psíquica, el niño iguala el mundo interno con el mundo externo. El mundo es como la mente lo representa, no se pueden crear perspectivas alternativas; acorde a ello el niño está acuciado por los temores de su imaginación, si cree que hay una "bruja" en el armario, una "bruja" está en el armario. No puede entender que un suceso mental como es: estar pensando, sabiendo, imaginando y soñando, está generado por el cerebro y la mente. Las representaciones no se distinguen de la realidad externa que representan.

En el modo "pretend" o "como si", los estados mentales son separados de la realidad, pero mantienen el sentido de no realidad en la medida en que no están vinculados o anclados en la propia realidad. El mundo del adentro y del afuera deben mantenerse separados. En el modo teleológico los estados mentales tales como necesidades y emociones son expresados en acciones; solamente las acciones y sus efectos tangibles, no las palabras, cuentan. La integración lograda en el desarrollo permitirá que las acciones sean comprendidas como unidas a estados mentales, es decir, ya no hay un modo teleológico. A su vez, los estados mentales no tienen un exagerado sentido de realidad (ya no hay equivalencia psíquica), ni de no realidad (ausencia del modo "pretend").

Los estados mentales representan una realidad pero no son igualados con la realidad.

El rol de la familia y la co-construcción de narrativas familiares.

Una serie de características del grupo familiar tales como: la naturaleza de las interacciones entre sus integrantes, la calidad del control parental, la tolerancia al afecto negativo, el discurso que los progenitores construyen acerca de las emociones y la profundidad del debate sobre los afectos que son capaces de desarrollar, son ingredientes poderosamente asociados con la adquisición -por

parte del niño- de un aparato conceptual coherente para comprender la conducta de sí mismo y la de los otros en términos mentalistas (Fonagy, Gergely, Target 2007).

Los elementos clave en los procesos que permiten un apego seguro dentro de la familia son: la regulación del afecto, la comprensión interpersonal, el procesamiento de la información y la provisión de un clima confortable dentro de las relaciones íntimas.

La creación de un marco compartido para la representación de las emociones, cogniciones y conductas que se dan dentro del grupo, permite que el infante vaya articulando las representaciones de segundo orden y dando un sentido y una significación a la acción del otro. Esta articulación posibilita la transformación de la habilidad mentalizadora implícita y automática, en una mentalización explícita y potencialmente expresable en forma verbal.

Junto a lo ya apuntado, las características del propio desarrollo del niño le proveen también de herramientas; por ejemplo de las herramientas lingüísticas. Éstas podrán ir enriqueciendo sus capacidades mentalizadoras, en la medida que su vocabulario de estados mentales le permitirá hablar acerca del contenido de dichos estados, es decir, hablar sobre las creencias de los otros, las de sí mismo, de los deseos, de las motivaciones, de las intenciones, de los afectos, etc. Dicho uso de la palabra es la característica crucial para que estos instrumentos faciliten mentalización, la puesta al servicio de un discurso reflexivo en el que sea frecuente la elaboración de temas psicológicos, en el que los adultos y los niños participan y responden con observaciones verbales razonables a los estados intencionales implícitos de los demás, vinculados apropiadamente a la interpretación de las acciones del otro.

“La traducción de la experiencia subjetiva en palabras, incrementa el desempeño mentalizador” (Lanza Castelli, 2010, pag.10).

Si el estilo de conversación de la familia es de “conversaciones no-reflexivas”, si el lenguaje no es usado para unir de una manera precisa los estados internos a las acciones del self y/o del otro, o no explica las reacciones a las acciones del otro, aporta poco valor en el desarrollo de la mentalización en los niños pequeños.

La co-construcción entre padres e hijos de las narrativas afectivas familiares es destacada como relevante por más autores. Las narrativas de los vínculos

afectivos contruidos de un modo coherente, juegan un papel central en el establecimiento de diálogos ajustados emocionalmente. Este ajuste emocional se caracteriza por crear diálogos cooperativos, organizados, emocionalmente congruentes; presentan una buena estructuración, la posibilidad de poder cambiar de punto de vista, una resolución y una coherencia (Oppenheim, Koren-Karie, Sagi-Schwartz 2007).

Son diálogos en los que se desarrollan representaciones coherentes (fluidez, claridad y coherencia) a la vez que se narran las experiencias emocionales, recuerdos y temas, en un modo emocional contenido y regulado.

Puede pensarse también, que con la caracterización anterior se está hablando de diálogos en los que aparece una buena afectividad mentalizada en el vínculo entre padres e hijos, que favorece una buena modulación emocional y una auto-organización más adaptativa.

Llegados a este punto y una vez que han sido dibujadas varias de las múltiples dimensiones que en su proceso, desarrollo y construcción encauzan y dirigen la mente hacia la conquista de una organización integrada y coherente, mostrada la importancia de lograr una buena capacidad de mentalización que nos permite representar que nuestra mente contiene representaciones, y que con ello nos brinda la posibilidad de un buen uso de la capacidad creativa de “jugar con la realidad, jugar con las realidades mentales” (Allen 2010).

¿Qué sucede cuando el niño “experiencia” y “sabe” de momentos donde el intercambio vincular entre sus padres es inundado por la violencia?

Hay muchos posibles modos de categorizar los actos violentos; este trabajo se va a ajustar al tipo de violencia que ocurre en los actos motivados por una rabia abrumadora.

En esos episodios la violencia aparece como un acto desorganizado, impulsado por una descarga afectiva masiva. Pueden entenderse los episodios violentos como momentos donde se está dando una inadecuada capacidad para representar los estados mentales, para reconocer que las reacciones propias y de los otros están conducidas por pensamientos, sentimientos, creencias y deseos (Fonagy 2004). Es la mentalización la que permitiéndonos la conciencia de que un pensamiento es sólo un pensamiento, nos protege de los momentos difíciles en los intercambios sociales. Es la afectividad

mentalizada la que nos permite identificar, modular y expresar en un modo activamente adaptativo nuestros afectos.

Los momentos violentos, son momentos que muestran una falta de capacidad reflexiva, en los que se produce una inadecuada integración de los dos modos primitivos en la mente (pre-mentalizadores) de experimentar el mundo interno. Son ocasiones que ilustran, por excelencia, cómo los niveles de activación (estrés) facilitan la mentalización automática, mientras se produce una inhibición del sistema neural asociado con la mentalización controlada (Bateman, Fonagy 2012).

Fonagy (2004) afirma que para que se dé la violencia hay una precondition esencial, dicha precondition consiste en la vulnerabilidad a una regresión al estado de equivalencia psíquica, donde lo interno es igualado con lo externo. En la equivalencia psíquica se exagera la amenaza de las otras mentes y se facilita la iniciación de la violencia.

La violencia es normalmente provocada cuando una idea, un sentimiento, un prejuicio, una suposición es confundida con la realidad física. El acto de violencia refleja la complementaria confusión, la errónea creencia de que **un acto físico puede erradicar un estado mental** (modo teleológico).

El empleo de la violencia es también entendido como resultado de una distorsión en el desarrollo del self –agente, muestra un déficit, una falta de apropiación experiencial de las acciones. El sentido de ser dueños de nuestras acciones, contribuye significativamente al sentido de agencia del self (Stern 1985). La manera plena de agencia en los intercambios sociales solo aparecerá cuando las acciones del self y del otro sean comprendidas como **iniciadas y guiadas por suposiciones** sobre las emociones, deseos y creencias en ambos protagonistas del vínculo. Para lograrla ha sido necesario disponer de una interacción interpersonal que permita el registro de las percepciones, pensamientos y emociones como causas y consecuencias de la acción, y la contemplación de esos estados mentales sin miedo. Estos aspectos son constituyentes importantes de una parte de la fundación de la agencia del self (Fonagy 2004).

“La violencia, tanto psicológica como física, es una conducta traumatizante” (Allen, Fonagy, Bateman 2008, página 324).

Fonagy afirma que la violencia doméstica es una potente fuente de problemas en el desarrollo del niño. Estos sucesos disruptivos son percibidos por el niño como peligrosos. El miedo al daño que va a acontecer en los padres va también acompañado de la previsión de la falta de disponibilidad de los mismos para regular su temor, y esta presunción queda confirmada por la inaccesibilidad de la madre en los momentos de conflicto marital agudo (Fonagy 2001).

Se puede sostener que la violencia que aparece como modo “de estar con” entre los adultos, no favorece el desarrollo de la capacidad de mentalizar en el niño.

Ha sido expuesto el papel crucial que juega en el desarrollo de la capacidad de mentalización la regulación emocional. Si se dan fallas en dicha regulación se verá socavado el desarrollo del control voluntario y el desarrollo de una comprensión sólida de los otros como motivados por estados mentales (Fonagy, Luyten, Strathearn 2011).

Ha sido mencionada la trascendencia, en los procesos de vinculación segura dentro del grupo familiar, de aspectos como la comprensión interpersonal, la buena metabolización de la información, un clima confortable en las relaciones íntimas y la creación de unas coordenadas compartidas por el grupo que den cuenta de la representación de las emociones, pensamientos y conductas que acontecen dentro del mismo y de las diferenciaciones entre sus integrantes.

Podemos hipotetizar que estos elementos están, en mayor o menor medida, gravemente heridos en las situaciones de violencia.

El modo “violencia” manifiesta precisamente la carencia o precariedad de la capacidad de contener, regular y experimentar plenamente las emociones de uno mismo y de los otros en un modo no-defensivo, sin desbordamiento ni desconexión. En ese momento, dichos modos pueden aparecer en cada uno de los protagonistas: alguien desbordándose; alguien desconectado (como defensa con lo que está sucediendo); la desconexión con el propio desbordamiento una vez que ha finalizado; el desbordamiento con el derramamiento hostil que se está recibiendo o se ha recibido, etc.

En esas circunstancias no existe una buena regulación emocional, y en función de ello, la regulación aparece como una herramienta que en la continuidad del

tiempo puede ser más o menos inestable, precaria y frágil en la vinculación dentro del grupo familiar.

Los altos niveles de emociones negativas impactan de un modo nocivo en el desarrollo de los infantes por las elevadas cotas de angustia que originan y porque los niños no ven en sus padres un modelo exitoso de regulación de las mismas (Sheffield et al.2007). Estos autores afirman que el clima familiar y el aprendizaje que realizan los niños a través de la observación acerca de las emociones y de su regulación dentro del grupo, golpean en su propio ajuste emocional.

Pero no solamente se trata del posible aprendizaje que los infantes realizan a través de la observación sino de los impactos que las cotas de angustia sentidas por ellos, producen en su funcionamiento fisiológico y psicológico.

Las investigaciones muestran altos niveles de trauma fisiológico en esta población infantil. En estos menores el funcionamiento del sistema nervioso simpático y el funcionamiento del eje hipotalámico-pituitario-adrenal (HPA) es diferente al de las criaturas no expuestas a violencia conyugal. Presentan niveles más altos en frecuencia cardíaca y de cortisol en saliva (Saltzman & Holden & Holahan 2005).

La agresión psicológica/verbal y la violencia marital impactan en la emoción del niño y su regulación.

La agresión contra cualquiera de los padres tiene efectos únicos para la seguridad emocional de los niños. Su presencia crea en ellos un mayor nivel de inseguridad, una mayor reactividad emocional negativa, desregulación en la conducta, y representaciones cognitivas negativas de la familia. A su vez, los niveles más elevados de inseguridad emocional están relacionados con niveles más altos de problemas de internalización, síntomas de Trastorno por Estrés Posttraumático y problemas de externalización, independientemente de diferencias en género, clase social o grupo étnico (Cummings&El-Sheikh&Kouros&Buckhalt2009).

Vemos por tanto que el logro de una buena regulación emocional en el menor está seriamente lesionado y que con estas fallas, se verá socavado el desarrollo del control voluntario y de una comprensión sólida de los otros como motivados por estados mentales (Fonagy, Luyten, Strathearn 2011).

En el intercambio violento, no tiene lugar una comprensión adecuada de los otros como motivados por estados mentales, estados que pueden a su vez ser diferenciados de los propios, y permitir un entendimiento en el vínculo emocional. En una situación de violencia interpersonal la representación del otro como un ser humano diferenciado y con estados mentales con contenido diferente, es aquello que no se puede captar o que se quiere aniquilar (ya sea que lo no tolerado es la diferencia o determinados estados mentales diferentes) y en una comunicación implícita, o quizás hasta incluso explícitamente, está siendo un modelo que presenta al niño la manera en que son abordadas las diferencias con niveles altos de conflicto. En las acciones y conductas de este modelo lo que están operando son modos pre-mentalizantes (equivalencia psíquica, modo teleológico).

Otro aspecto que queda en riesgo es el que hace referencia al reflejo contingente. Ha sido dicho que el peldaño básico posibilitador de mentalización es el reflejo contingente y marcado por parte de los cuidadores hacia las señales emocionales de sus infantes. Su cumplimiento es difícil en el momento de violencia.

Durante esos episodios los adultos no están disponibles para atender las señales emocionales de sus criaturas. Dichas señales difícilmente podrán ser marcadas en un modo adecuado por los padres y transformadas en representaciones secundarias congruentes con las representaciones primarias del afecto. En la medida en que no queden representados o sean distorsionadamente representados (banalizados, negados, demonizados, etc.), los afectos agresivos, de temor, de miedo, de enfado, etc. quedan registrados en una activación fisiológica y visceral que no se puede controlar ni significar congruentemente. Los afectos quedan entonces confusos, mal simbolizados y difíciles de regular (Fonagy 2004).

La afectividad mentalizada (identificación, modulación y expresión de los afectos) y aquello que la configura como lo nuclear, es decir, reflexionar sobre los propios afectos a la vez que se está sintiéndolos, no puede darse en el estado de la acción hostil y agresiva. Durante esos episodios, los adultos no pueden mentalizar sus afectos y difícilmente ayudarán a que se dé dicha posibilidad en el niño.

Este severo daño a la posibilidad de construcción de representaciones secundarias se mantendrá si en un segundo momento, el niño, “en contacto” con las emociones sentidas durante esos intercambios, no encuentra adultos que se puedan conectar con lo experimentado y puedan etiquetarlo congruente y coherentemente. El etiquetaje rotula conceptos para cada estado mental. Poder pensar acerca del estado mental “miedo” precisa de la denominación del mismo y de su explicitación por medio de esa palabra, la cual corresponde a la experiencia interna que constituye ese estado y la integra.

La no congruencia en el registro y expresión en un momento posterior, puede hacer que los afectos agresivos queden codificados como estados temibles generadores de desregulación emocional e indefensión, o como afectos que son descargados en actos hostiles y de ataque a otros seres humanos.

Toda esta situación conlleva una importante complejidad ya que entraña una contradicción en la que se ven introducidos los cuidadores y el niño. Poder etiquetar lo acontecido, poder rotular el miedo sentido y vivido con la violencia presente dentro de la relación necesita, simultáneamente, contemplar los estados mentales sin miedo.

Si el discurso reflexivo que se establece no corresponde con el núcleo de la experiencia subjetiva del niño, ello provoca una reducción del efecto facilitador de mentalización de las enunciaciones verbales de las acciones y menoscaba la generación de una orientación intencional en el infante como opuesta a una teleológica (Fonagy&Gergely&Target 2007).

Otro ingrediente de la mentalización es el que hace referencia a la presencia de un componente auto reflexivo y de otro interpersonal, es decir, a la posibilidad de pensar sobre los estados mentales propios y ajenos. Requiere imaginar lo que los demás pueden estar pensando o sintiendo en una condición que conlleva la conciencia de lo conjeturable y lo falible de esa imaginación. Este salto imaginativo es necesario, tanto para comprender la mente del otro, como la propia, y de manera especial cuando se dan vivencias afectivamente cargadas. Ello permite el entendimiento en el vínculo.

Este requerimiento no está presente durante el episodio de violencia. El alto nivel de activación es descargado y se actúan las conductas agresivas, la descarga del impulso hostil no está moderada por la posibilidad de una buena regulación y unas representaciones secundarias con las que se puedan

concebir más posibilidades alternativas en el self y en el otro. En la violencia hay convicción en la adjudicación al otro de motivaciones, creencias, sentimientos, etc. Hay un modo de equivalencia psíquica en la mente y en dicho modo lo sentido en el adentro está en el afuera como una “realidad”.

La presencia de los episodios de violencia menoscaba también la creación de un marco compartido por el grupo familiar para la representación de las emociones, cogniciones y conductas que se dan dentro del grupo. Si aparece un relato, probablemente no será una narrativa co-construida entre los integrantes del episodio, sino el relato unilateral y alienado en la emoción de cada uno de los sujetos. Reduce, por tanto, el desarrollo en el niño de la articulación congruente de las representaciones de segundo orden y el dar un sentido y una significación a la acción del otro, perjudica la transformación de la habilidad mentalizadora implícita y automática, en una mentalización explícita y potencialmente expresable en forma verbal.

La violencia generará que el niño/a pueda quedar atrapado en modos pre-mentalizadores, y con ello se perturba, en mayor o menor grado, la posibilidad de que el niño se asome al universo del ser humano como un ser intencional, con creencias que dan cuenta de su conducta, y con conciencia de que dichas creencias pueden ser verdaderas o falsas, o dicho desde otra perspectiva, que dichas creencias son interpretaciones e interpretables.

Serán modos pre-mentalizadores en los que aún no se ha alcanzado el universo “mental” que le permita percibirse a sí mismo y al otro con “una mente activa y compleja”, susceptible de ser interpretada, de ser entendida, de ser reflexionada y de ser re-representada.

La creación de un self coherente y un modo pleno de agencia con uno mismo y con los demás, queda en riesgo. El paso del self teleológico al intencional, solamente se da en la interacción humana y en ese camino la calidad de las primeras relaciones juega un papel capital.

Si los sucesos y vicisitudes que acontecen en los primeros vínculos muestran modos de mente pre-mentalizadores, es decir, intercambios vinculares en los que priman modos teleológicos, modos de equivalencia psíquica o modos “pretend”, difícilmente permitirán al infante adquirir una comprensión de sí mismo como agente intencional y representacional y con ello acceder a un conocimiento de que las acciones del self y del otro son iniciadas y guiadas por

suposiciones sobre las emociones, deseos y creencias de ambos protagonistas del vínculo. Estará comprometida la conquista de un self en un modo pleno, con un buen auto-control y una adecuada agencia, con una articulación congruente entre datos externos y estados internos, una buena captación y diferenciación entre el self y el otro, y con una buena afectividad mentalizada generadora de genuina comprensión social (Fonagy&Luyten 2009).

La exposición que hasta ahora ha sido realizada, concluye en una enunciación: aunque la violencia no sea una acción directa hacia el niño, **vivir violencia violenta su mente.**

La investigación actual evidencia que el factor protector más decisivo y promotor de resiliencia en el niño, es que pueda disponer de un vínculo sentido como seguro con el progenitor no violento, o con otra figura cuidadora. Lo primordial en este vínculo es que se pueda dar cuenta de identificar, nominar y reflexionar sobre lo que está aconteciendo, lo que está siendo vivido y sentido, y todo ello en un modo congruente y promotor de medidas que incidan en la mejora de la situación.

La presencia de figuras que puedan proveer de esa posibilidad, la presencia de un soporte social que pueda nutrirles de otras representaciones de ellos mismos, de una autoestima no dañada a través de desempeños escolares, académicos, deportivos etc., en los que experimentarse a sí mismos obteniendo logros, éxitos, competencia y eficacia, son aspectos que permiten reducir el impacto empobrecedor o mutilador que estas situaciones producen sobre las potencialidades “de” y “en” la mente de los niños. (Holt, Buckleyb, Whelana 2008).

Bibliografía.

Allen J. G. “Coping with trauma” American Psychiatric Publishing 2005
www.appi.org

Allen Jon G. “Mentalizing as Common Ground for Psychotherapy: Educating Patients and Clinicians” The Menninger ClinicBaylor College of Medicine. University of Copenhagen.2008.
<http://www.psychology.ku.dk/conference/presentations/>

Allen J. Fonagy P Bateman A. “Mentalizing in Clinical Practice” American Psychiatric Publishing 2008.

Allen Jon G. “Mentalizing” The Menninger Clinic. Copyright 2010

Bateman A. Fonagy P. “Mentalization-Based Treatment for Borderline Personality Disorder” A practical guide. Oxford University Press. 2006

Bateman A. Fonagy P. “Mentalization based treatment for borderline personality disorder” World Psychiatry. 2010 February; 9(1): 11–15.

Bateman A. Fonagy P. “Handbook of Mentalizing: in Mental Health Practice”. American Psychiatric Publishing Inc. 2012

Blatt S. Luyten P. In “ Neuropsychoanalysis” Vol 11 n° 1 Turnbull, Oliver & Olds, David (Eds).

Bögels S. Lehtonen A, Restifo K “Mindful Parenting in Mental Health Care. Mindfulness (N Y). 2010 June; 1(2): 107–120. Published online 2010 May 25. doi: 10.1007/s12671-010-0014-5. PMID: PMC2987569.

Csibra, Gergely; Gergely, Gyorgy (2007). ‘Obsessed with goals’: Functions and mechanisms of teleological interpretation of actions in humans. Acta Psychologica, 124 (1): pp. 60-78.

Cummings E. M, El-Sheikh M, Kouros C. D, Buckhalt J. A. “Children and Violence: The Role of Children’s Regulation in the Marital Aggression–Child Adjustment Link” Clinical Child Family Psychology Rev. 2009 March ; 12(1): 3–15. doi:10.1007/s10567-009-0042-7.

Choi-kain L.W, Gunderson J. G “Mentalization: Ontogeny, Assessment, and Application in the Treatment of Borderline Personality Disorder” 2008 <http://ajp.psychiatryonline.org/cgi/reprint/165/9/1127.pdf>

Davies P, Cummings M. “Exploring children’s emotional security as a mediator of the link marital relations and child adjustment” Child Development, February 1998, Volumen 69, Number 1, pag. 124-139.

El-Sheikh M, Cummings E.M, Kouros C.D, Elmore-Staton L, Joseph B. “Marital Psychological and Physical Aggression and Children’s Mental and Physical Health: Direct, Mediated, and Moderated Effects” .Journal of Consulting and Clinical Psychology. 2008 February ; 76(1): 138–148. doi:10.1037/0022-006X.76.1.138

Fonagy, P. (1991). "Thinking about thinking: Some clinical and theoretical considerations in the treatment of a borderline patient". *International Journal of Psycho-Analysis*, 72, 639–656.

Fonagy P, Target M. "Attachment and reflective function: their role in self-organization". *Development and Psychopathology*. 1997 Fall;9(4):679-700.

Fonagy P, Target M, Steele H, Steele M "Reflective-Functioning Manual Version 5". 1.998

Fonagy P. "Figuras significativas. Teoría del Apego." 1999 .
<http://psiquiatria.facmed.unam.mx/doctos/descargas/3.7.%20FIGURAS%20SIGNIFICATIVAS.%20DESARROLLO%20DEL%20APEGO.pdf>

Fonagy P. "Attachment theory and Psychoanalysis" Other Press New York 2001

Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. L., & Target, M. (2004). "Affect regulation, mentalization, and the development of self". New York: Other Press.

Fonagy P. "The developmental roots of violence in the failure of mentalization" (Capítulo I en "A Matter of Security. The Application of Attachment Theory to Forensic Psychiatry and Psychotherapy" (2004). Ed. Friedemann Pfäfflin and Gwen Adshead

Fonagy P. Gergely G. Target M. "The parent–infant dyad and the construction of the subjective self" *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 48:3/4 (2007), pp 288–328 doi:10.1111/j.1469-7610.2007.01727.x

Fonagy P, PhD, FBA, and Anthony Bateman, MA, FRC Psych." The Development of Borderline Personality Disorder—A Mentalizing Mode" *Journal of Personality Disorders*, 22(1), 4–21, 2008 The Guilford Press

Fonagy P. Luyten P. "A developmental, mentalization-based approach to the understanding and treatment of borderline personality disorder" *Development and Psychopathology* 21 (2009), 1355–1381. Cambridge University Press, 2009

Fonagy P, Luyten P, Strathearn L. "Borderline Personality Disorder, Mentalization, and the Neurobiology of Attachment". *Infant Mental Health Journal*, Vol. 32(1), 47–69 (2011) 2011 Michigan Association for Infant Mental Health

Fonagy P, Bateman A., Bateman A. "Commentary The widening scope of mentalizing: A discussion". *Psychology and Psychotherapy: Theory, Research and Practice* (2011), 84, 98–110 2011 The British Psychological Society

Grych JH, Wachsmuth-Schlaefel T, Klockow LL. "Interparental aggression and young children's representations of family relationships". *Journal of family psychology* 2002 Sep;16(3):259-72.

Hill J, Fonagy P, Safier E, Sargent J. "The Ecology of Attachment in the Family". Article first published online: 6 MAY 2004 DOI: 10.1111/j.1545-5300.2003.42202.x

Holt S, Buckley H, Whelana S. "The impact of exposure to domestic violence on children and young people: A review of the literature" *Child Abuse & Neglect* 32 (2008) 797–810

Jurist, E "Mentalized Affectivity" *Psychoanalytic Psychology*, Vol 22(3), Sum 2005, 426-444

Lanza Castelli G. "Poner en palabras, mentalización y psicoterapia" *Aperturas Psicoanalíticas* nº 36 (2010).

Lanza Castelli G. "Las polaridades de la Mentalización en la práctica clínica". *Clínica e Investigación Relacional. Revista electrónica de psicoterapia.* 2011

Lanza Castelli G. "La mentalización, su arquitectura, funciones y aplicaciones prácticas" 2011 *Aperturas Psicoanalíticas*, diciembre 2011.

Lanza Castelli G. & Bilbao Bilbao I. "Un método para la evaluación de la mentalización en el contexto interpersonal" 2011 www.mentalizacion.com.ar

Lyons-Ruth, Bronfman, E. & Parson, E. (1999), "Maternal disrupted affective communication, maternal frightened or frightening behavior, and disorganized infant attachment strategies". In: *Atypical Patterns of Infant Attachment: Theory, Research and Current Directions*, ed. J. Vondra & D. Barnett. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 64.

Lyons-Ruth, Karlen "El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional". *Aperturas Psicoanalíticas* nº 4 (2000)

Lyons-Ruth K. "El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional". *Revista Aperturas Psicoanalíticas* nº 4

Main, M. (1991). "Metacognitive knowledge, metacognitive monitoring, and singular (coherent) vs. multiple (incoherent) models of attachment: Findings and directions for future research". In C. M. Parkes, J. Stevenson-Hinde, & P. Marris

(Eds.), *Attachment across the life cycle* (pp. 127–159). London: Tavistock-Routledge.

Macfie J., Swan S. A. “Representations of the caregiver–child relationship and of the self, and emotion regulation in the narratives of young children whose mothers have borderline personality disorder” *Dev Psychopathol.* Author manuscript; available in PMC 2010 February 19. Published in final edited form as: *Dev Psychopathol.* 2009 Summer; 21(3): 993–1011. doi: 10.1017/S0954579409000534

Meins, E. (1997). “Security of attachment and the social development of cognition”. Hove, UK: Psychology Press.

Obradovic J, Bush N.R, Boyce W. T “The interactive effect of marital conflict and stress reactivity on externalizing and internalizing symptoms: The role of laboratory stressors” *Development and Psychopathology* 23 (2011), 101–11 Cambridge University Press 2011 doi:10.1017/S0954579410000672.

Oppenheim D, Koren-Karie N, Sagi-Schwartz A “Emotion Dialogues Between Mothers and Children at 4.5 and 7.5 Years: Relations With Children’s Attachment at 1 Year”. *Child Development*, January/February 2007, Volume 78, Number 1, Pages 38 – 52

Perea A. “La teoría de la bio-retroalimentación (biofeedback) social como explicación de la regulación afectiva del niño por parte de los padres” *Aperturas Psicoanalíticas* nº 17.

Saltzman KM, Holden GW, Holahan CJ “The psychobiology of children exposed to marital violence” *Journal of clinical child and adolescent psychology.* 2005 Mar; 34(1):129-39.

Schechter D. et al. “Distorted Maternal Mental Representations and Atypical Behavior in a Clinical Sample of Violence-Exposed Mothers and Their Toddlers” *Journal Trauma Dissociation.* 2008 ; 9(2): 123–147. doi:10.1080/15299730802045666

Schechter D. S et al. “Child mental representations of attachment when mothers are traumatized: The relationship of family-drawings to story-stem completion” *Journal Early Child Infant Psychology.* 2007; 3: 119–141.

Schore J, Schore A. “Modern Attachment Theory: The Central Role of Affect Regulation in Development and Treatment” *Clinical Social Work Journal* (2008) 36:9–20 DOI 10.1007/s10615-007-0111-7

Sharp C. “Theory of Mind and conduct problems in children: Deficits in reading the “emotions of the eyes”. *COGNITION AND EMOTION* 2008, 22 (6), 1149_1158

Sharp C, Fonagy P.: “The parent’s capacity to treat the child as a Psychological Agent: Constructs, Measures and Implications for Developmental Psychopathology” 2008 *Social Development*.

Sheffield Morris A, Silk J, Steinberg L, Myers S, Robinson L. “The Role of the Family Context in the Development of Emotion Regulation”. *Soc Dev.* 2007 May 1; 16(2): 361–388. doi:10.1111/j.1467-9507.2007.00389.x.

Siegel D.J. “La mente en desarrollo” Ed. Desclée De Brouwer. 2007

Slade A. “Representación, simbolización y regulación afectiva en el tratamiento concomitante de una madre y su niño: teoría del apego y psicoterapia infantil” *Aperturas Psicoanalíticas* nº5 2000

Slade A. “Parental reflective functioning: an introduction” *Attachment and Human Development* . (2005)

Stern D “El mundo interpersonal del infante: Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva” Editorial Paidós

Stern D. “The process of therapeutic change involving implicit knowledge: some implications of developmental observations for adult psychotherapy”. www.changeprocess.org/articles/11772094.pdf

Strathearn L., Fonagy P., Amico J., Montague P. Read. “Adult attachment predicts maternal brain and oxytocin response to infant cues” *Neuropsychopharmacology*. 2009 December; 34(13): 2655–2666. Published online 2009 August 26. doi: 10.1038/npp.2009.103

Strathearn L., Jian Li, Fonagy P., Montague P. Read “What’s in a Smile? Maternal Brain Responses to Infant Facial Cues” *Pediatrics*. 2008 July; 122(1): 40–51. doi: 10.1542/peds.2007-1566

Vargas Adriana, Chaskel Roberto “Neurobiología del apego” *Avances en Psiquiatría Biológica*. Vol8 2007. www.psiquiatriabiologica.org.co/avances/vol8/neurobiologia.pdf

Verheugt-Pleiter J.E, Zevalkink J, J. Schmeets M.G.S “Mentalizing in child therapy” 2008. Karnak Books.

(*)

Itziar Bilbao Bilbao

Doctora en Psicología. Servicio de Salud Mental Infanto-Juvenil "Julián de Ajuriaguerra-Haurrentzat" de Bilbao (País Vasco).

Profesora Tutora Externa de la Facultad de Psicología de la Universidad del País Vasco.

Tutora y Supervisora de Escuela de Práctica Psicológica del Colegio Oficial de Psicólogos de Bizkaia (País Vasco).

Miembro de la Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica (Madrid).

Miembro del Grupo de Psicoterapia Analítica de Bilbao.

Miembro Didacta de la Asociación Europea de Psicoterapia Psicoanalítica.

Miembro Didacta de la Federación Europea de Asociaciones de Psicoterapia.

Publicaciones:

Lanza Castelli, G & Bilbao Bilbao, I (2011) "Un método para la evaluación de la mentalización en el contexto interpersonal".

Presentado para su publicación en el *Journal of the European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy*.